

AVANCES Y RETROCESOS EN LA COP26



La conferencia de Glasgow no fue un fracaso, pero marca un ritmo demasiado lento en el combate al cambio climático. Se requiere más protagonismo del sector privado y un compromiso real por parte del sector público.

MACIEJ BAZELA

Del 31 de octubre al 12 de noviembre del año pasado se llevó a cabo la 26ª edición de la Conferencia de las Partes de la Convención de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático (COP26), en Glasgow, Reino Unido. La COP26 tuvo un resultado moderadamente exitoso. Sin embargo, resulta preocupante que su avance haya sido lento y parcial. No se llegó a un acuerdo global unánime. Más que nada se firmaron acuerdos pequeños sectoriales y bilaterales.

Basándonos en los compromisos actuales de las partes, las estimaciones nos dicen que el planeta se va a calentar entre 1.9 y 3 grados Celsius (°C), estimándose un promedio de 2.4°C, muy por arriba del objetivo firmado en el acuerdo de París, de 1.5°C. Estas no son buenas noticias. En un mundo más caluroso, por arriba de los 2.6°C, habrá grandes afectaciones sociales, políticas y empresariales. Necesitamos con urgencia que países, economías y empresas aceleren sus procesos de transición y adaptación al desarrollo circular y sustentable.

LOS ESCENARIOS DEL CAMBIO CLIMÁTICO

Fue en 1992 cuando se firmó un acuerdo global sobre cambio climático llamado *United Nations Framework Convention on Climate Change* (UNFCC, por sus siglas en inglés). De 1992 a la fecha, 197 naciones se han sumado a la iniciativa. Desde entonces, las Partes de la Convención (COP, por sus siglas en inglés) se reúnen periódicamente para tomar decisiones que ayuden a alcanzar los objetivos de lucha contra el cambio climático.

La COP26 era una reunión importante: en ella se hablaría, entre otros temas, de los escenarios de reducción de emisiones de dióxido de carbono (CO₂) para los próximos 30 años. Los países participantes tratarían



de llegar a un acuerdo crucial para las siguientes tres décadas, con el objetivo de reducir de manera significativa las emisiones para 2050.

Los documentos internacionales previos a la reunión describían un panorama que no era alentador: con los compromisos vigentes de reducción de emisiones, la temperatura de la Tierra aumentaría 2.7 grados Celsius entre los años 2050 y 2060.

Teniendo en cuenta los antecedentes de cambios observados en el sistema climático y sus impactos en el corto y largo plazo, se pueden establecer escenarios optimistas y pesimistas del clima a futuro. En el escenario optimista –que se acordó y firmó en 2016 en la COP21 de París–, el calentamiento global aumentaría 1.5 o 2°C, como máximo, para finales de este siglo. El escenario pesimista pronostica un calentamiento por arriba de los 3 grados, lo cual tendría impactos significativos en la economía global, en particular en la cadena agroalimenticia.

Por ejemplo, Brasil –la principal economía de Latinoamérica–, está sufriendo las peores sequías en casi un siglo. Apenas una pequeña parte de su territorio tiene humedad por arriba de 80%, que les permita seguir produciendo alimentos como naranja, soya, café y azúcar; incluso maíz. Brasil es uno de los principales jugadores en este tipo de alimentos. De hecho, el clima extremo ya ha disparado los precios de estos productos en distintos países.

A nivel global, 270 millones de personas en 55 países están sufriendo una escasez alimenticia severa. La crisis alimentaria mundial se nutre también de otras causas, como conflictos armados, guerras civiles y transformaciones sociales, como está ocurriendo en Afganistán. Haití es otra nación que está padeciendo escasez de comida debido a un largo periodo de inestabilidad política,

pero también por las severas afectaciones del clima en los últimos meses. Huracanes, terremotos y sequías son parte de la lista de desastres naturales que han azotado a este país.

Por los desastres climáticos extremos de 2000 a 2019, Haití está en el tercer lugar, detrás de la isla de Puerto Rico y Myanmar, en el Índice de Riesgo Climático Global 2021 de Germanwatch, organización no gubernamental que se centra en la mitigación del cambio climático, la seguridad alimentaria global y la responsabilidad corporativa.

Los altos niveles de desperdicio y los excesivos consumos de ciertos alimentos, como la carne de res, también tienen un impacto medioambiental enorme. Otros tipos de carne, como el cerdo, el pollo y los derivados lácteos, también tienen una huella de carbono considerable, si se les compara con productos orgánicos provenientes de las plantas, por ejemplo.

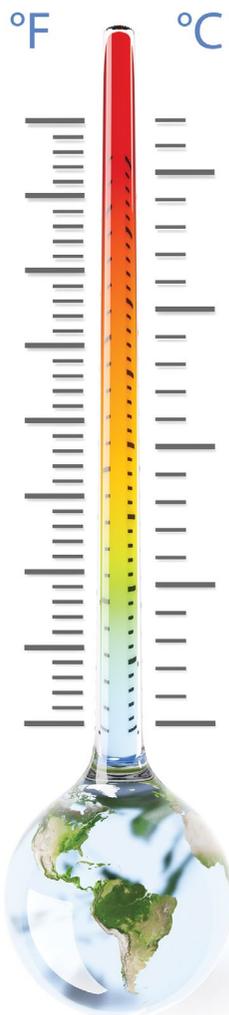
El estudio *The global impacts of food production*, publicado en la revista *Science* por científicos de la Universidad de Oxford, señala que reducir el consumo de carne y de productos lácteos, podría reducir en dos tercios la huella de carbono de los alimentos que consumimos. El estudio también señala que al menos 25% de las emisiones anuales de gases de efecto invernadero corresponden al sector de la alimentación. Los datos anteriores son solo una pequeña muestra de las dimensiones del reto que tenemos enfrente.

LO BUENO DE LA CUMBRE

La cumbre no fue un fracaso, pero su progreso fue muy lento. En lo general, se pidió a los países tomarse un año para replantear sus estrategias nacionales y volverse a reunir para establecer metas más puntuales.

En cambio, se dieron buenos acuerdos sectoriales, como en los temas forestal y financiero. En el plano financiero y bajo la promoción de las instituciones financieras privadas de 38 países, se dio la bienvenida al International Sustainability Standards Board (ISSB), que promoverá estándares globales en la forma de medir y calcular la inversión sustentable en todo el mundo.

Otro elemento importante en lo financiero fue la iniciativa de Mark Carney, exgobernador del Banco de Canadá y del Banco de Inglaterra,



en un mundo más caluroso, por arriba de los 2.6°C, habrá grandes afectaciones sociales, políticas y empresariales.

quien estableció la Glasgow Financial Alliance for Net Zero. Los miembros de esta alianza tendrán un periodo no mayor a 18 meses para fijar metas de corto plazo, robustas y basadas en la ciencia, para alcanzar el estatus de cero emisiones netas de carbono. De hecho 90 de las instituciones firmantes ya cuentan con ellos, incluyendo el propio Banco de Inglaterra, que buscará alcanzar las cero emisiones netas a más tardar en 2050.

También podemos citar a la Global Energy Alliance for People and Planet, una iniciativa de IKEA Foundation, Rockefeller Foundation y Bezos Earth Fund, quienes anunciaron una alianza de organismos filantrópicos, instituciones financieras multilaterales y gobiernos para destinar más de 10,000 millones de dólares al arranque de proyectos de energía a nivel mundial, que podrían a su vez desatar más de 100,000 millones de dólares en inversiones en países en desarrollo interesados en cambiar sus métodos de generación de energía basados en combustibles fósiles, por alternativas renovables.

Otro dato positivo es un acercamiento diplomático entre EE. UU. y China. A pesar de la falta de presencia física, en esta cumbre virtual bilateral, ambos países declararon que quieren colaborar de manera más fuerte en establecer un mercado de carbono a nivel global, con el fin de reducir sus emisiones, o que las empresas paguen con dinero o con políticas fiscales el costo de emisión de carbono.

Igualmente, 130 países, que abarcan más de 90% de los bosques y selvas que le quedan al planeta, firmaron un compromiso para detener y revertir la deforestación. También, más de 100 países firmaron el compromiso encabezado por Estados Unidos y la Unión Europea para recortar en 30% las emisiones de metano para el 2030.

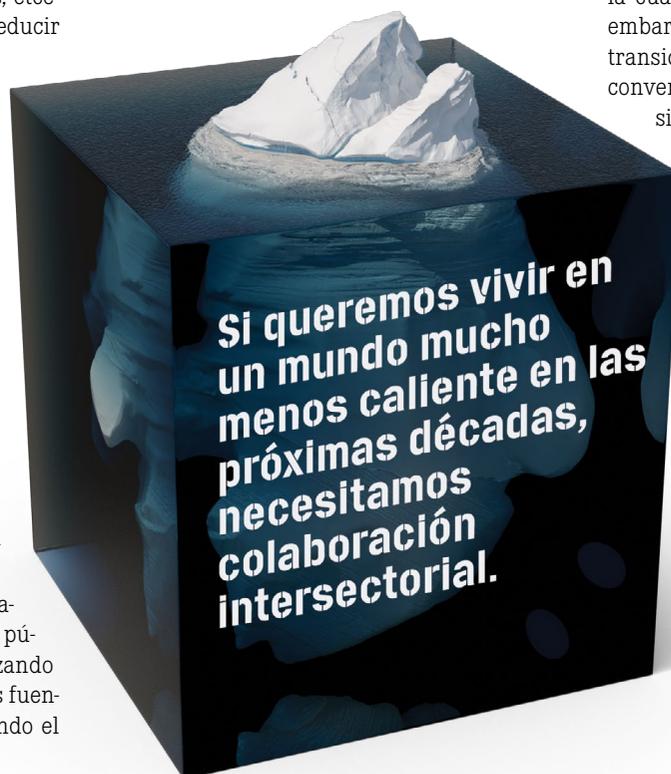
Unos 23 países decidieron ir más allá del Pacto Climático de Glasgow en su reducción de consumo de carbón y otros 25 países y cinco instituciones financieras se comprometieron a detener el financiamiento público a la mayor parte de los proyectos de combustibles fósiles para el fin de 2022, con Estados Unidos buena parte de Europa y Canadá como firmantes. México no figura en este acuerdo.

LO MALO DE SIEMPRE Y ALGUNOS RETROCESOS

Una de las peores noticias se dio al final de la cumbre, donde varios países emergentes, encabezados por India, cambiaron en la declaración final el término *fase out* (desaparecer) por *fase down* (aminorar) en referencia a la generación de energía a partir de fuentes de carbono convencionales dentro de una década. De hecho, hay que señalar la falta de acuerdos globales en los mencionados temas de generación de metano, deforestación y extracción de carbón.

Hoy día sería utópico pensar que una empresa o incluso un sector entero de manera aislada puedan tener un gran impacto con un plan de emisiones netas cero de carbono. Si queremos vivir en un mundo mucho menos caliente en las próximas décadas, necesitamos colaboración intersectorial. Por ejemplo, un productor de autos puede empezar a producir híbridos o unidades completamente eléctricas, pero esto no es suficiente para cambiar la tendencia de consumo porque se necesita infraestructura, estacionamientos, cargadores, refacciones, etcétera. El transporte ecológico no se puede reducir a un par de cajones de estacionamiento para coches eléctricos en un centro comercial. Ejemplos análogos aplicarían a otros sectores como bienes raíces, turismo, agricultura, minería, entre otros. El desarrollo sustentable requiere de un enfoque sistémico donde tanto el sector público como el sector privado ponen a disposición del consumidor los medios necesarios para provocar un cambio radical en los patrones de consumo. Estos «medios» incluyen -entre otros- políticas fiscales, políticas monetarias y financiamientos a favor de la sustentabilidad. Es difícil imaginar un avance más fuerte en materia del desarrollo sustentable mientras el sector público (gobiernos) y el sector privado (empresa) no tomen posturas claras a favor de dicho cambio. Lamentablemente, hoy día vemos varios actores públicos y privados que siguen obstaculizando dicho cambio, subsidiando por ejemplo las fuentes convencionales de energía, restringiendo el

si no hay avances importantes en la reducción de nuestra huella de carbono y en la creación de una economía circular, el mundo siempre será vulnerable e inestable.



mercado energético y limitando las opciones del consumidor.

EL PAPEL DE LAS EMPRESAS Y LOS GOBIERNOS

Independientemente de la postura del sector público, es momento de que las empresas dediquen recursos de inversión y desarrollo a temas de transición verde. El reto no es únicamente del sector alimentario, sino de todos. El *business case* a favor de la transición verde es muy claro: la sustentabilidad crea ventajas operativas, eficiencias, productividad y ahorro. La sustentabilidad es una fuente potencial de nuevos trabajos y aumenta la competitividad local y global de empresas.

Si no hay avances importantes en la reducción de nuestra huella de carbono y en la creación de una economía circular, el mundo siempre será vulnerable e inestable; es decir, cada vez habrá más efectos climatológicos extremos que nos lleven a la escasez, la inflación, la migración y las tensiones internacionales.

Hoy estamos padeciendo escasez de energía, la cual obviamente tiene distintas causas. Sin embargo, seguimos atorados en el proceso de transición: todavía nos nutrimos de energías convencionales y, al mismo tiempo, no hemos sido capaces de aumentar la producción de energías verdes. Estamos creando un cuello de botella con inflación en precios, especialmente de gas.

Pero la tarea no es exclusiva de la iniciativa privada. Es imperativa la participación activa de los gobiernos, para acelerar el proceso de cambio. En países como México, con su modelo estatista, se requiere una señal clara del sector público a favor de la sustentabilidad. De lo contrario, es difícil que las empresas se decidan a ir por más, sin mencionar posibles repercusiones negativas internacionales para el país y su competitividad. </>

El autor es director del área de Entorno Político y Social en IPADE Business School.